

«El puesto del hombre en el cosmos»

Por **Max Scheler**

(Reedición de Espasa Calpe.— Buenos Aires). Con un prólogo de Francisco Romero.

Como el mismo Scheler dice, al prologar la primera edición de esta obra, ha querido reunir aquí solamente algunos capítulos extraídos de otro trabajo más amplio y definitivo sobre el tema anterior. Se trata, en efecto, de uno de los problemas que han preocupado la conciencia filosófica del autor. Se trata de investigar la situación del hombre en el sér. Perc semejante situación, cualesquiera que sean los resultados encontrados, es una respuesta que implica el análisis de otra cuestión primaria. Desde luego, mucho más perturbadora, ya que es el fundamento de lo segundo. Entonces, antes de averiguar por la posición del hombre en el sér precisa atacar la cuestión de qué es el hombre.

Parece raro que haya sido hasta hace poco cuando se vino a plantear de un modo resuelto el problema de la esencia del hombre; pero es un hecho que toda la antigüedad rehuyó el asunto, preocupada como estaba por adelantar soluciones a las preguntas que le planteaba la existencia del

mundo exterior. A la cuestión de la esencia del cosmos subordinó la cuestión de la esencia del hombre. El error de perspectiva en el enfoque de la realidad— realidad que no puede excluir el sujeto— persiste a través de las épocas posteriores, y sólo desde principios del siglo se viene operando un cambio de frente. La atención se dirige ahora por primera vez hacia problemas que los tiempos pasados desatendieron, por lo menos desde el punto de vista de una antropología filosófica. A Alemania debemos esta nueva forma de la investigación. A Alemania debemos un formidable grupo de sabios y grandes pensadores, de quienes se ha apoderado contemporáneamente un nuevo “denuedo de veracidad”.

Entre los poseídos de este denuedo de veracidad se encuentra Scheler. Es quizás el filósofo más profundo y claro a la vez que ha tenido Europa a lo largo de su historia. Nadie tan denso como él. Nadie ha puesto al servicio de temas tan interesantes su conciencia filosófica. Pocos como el profesor de Colonia poseen el poder que un crítico señalaba en Nietzsche, porque muy pocos como Scheler

hacen poner las ideas del lector en movimiento. Exige de quien lo lea un recogimiento casi religioso, si se quiere no perderlo. Con un instante de distracción se rompe bruscamente el hilo de sus meditaciones. Hay que leerlo y pensar a la vez. Como se le ha definido certeramente, es un embriagado de esencias.

La obrita del autor que ahora comentamos, recuerda por dos aspectos "El hombre y la técnica" de Oswald Spengler. Porque son dos libros de ideas opuestas, y porque ambos significan un resumen de estudios más detenidos. "El hombre y la técnica" es el compendio de algunas partes de "La decadencia de Occidente". "El puesto del hombre en el cosmos" es un breviario de la "Antropología filosófica" que Scheler prometía para 1929, un año antes de su muerte.

Aquí, en esta obra, se exponen las ideas capitales del autor acerca del problema que le vino preocupando hasta los últimos años de su vida. En ella se ensaya averiguar por el puesto del hombre en el sér y por su propia esencia. Desde el primer momento puede asegurarse —siempre que se haya leído con anterioridad la otra magistral creación de Scheler sobre "El Saber y la Cultura"— las conclusiones adonde va a llegar el autor. Sin proponérselo deliberadamente, encuentra siempre un centro de referencia, sin el cual sería difícil poner en claro la esencia del hom-

bre, y con ella las consecuencias interesantes acerca de sus otras determinaciones específicas. Es decir, que el puesto singular del hombre en el cosmos está originariamente cualificado por la existencia de otros factores fuera de él. Así como en "El Saber y la Cultura" se concluye que todo lo que la persona hace es al fin y al cabo para la Divinidad y por ella, en esta otra se descubre, al final de una sucesión apretada de conceptos, un centro espiritual de referencia.

Sin embargo, el centro espiritual, o centro divino de referencia no es aquí concebido en el sentido de las relaciones habituales del hombre-criatura con el Creador. Ahora no encontramos prelación del uno al otro, entendiéndose esta prelación como anterioridad de advenimiento al mundo. En Scheler, el hombre es criatura de Dios, pero el hombre coopera al mismo tiempo en la realización de la Divinidad. Las fuentes saltan a la vista, si se tiene bien estudiada la filosofía hegeliana, porque para Scheler, como él taxativamente lo dice, el advenimiento del hombre y el advenimiento de Dios se implican mutuamente desde un principio. Sin admitir las afirmaciones adonde arriba Scheler, podemos corroborar casi todas sus ideas expuestas a medida que resuelve las bases de su problema. Jamás se ha hablado con tanta profundidad sobre las diferencias entre el hombre y el animal, desde el punto de vista de

la razón, y de la diferenciación de estos dos grados de la vida y la serie infraorgánica. Pero después de todo, lo interesante es buscar si el momento donde el hombre se eleva sobre los demás seres tiene en realidad una base legítima. Scheler la en-

cuentra después de algunos años de incesante filosofar, y la define poco antes de morir. "El puesto del hombre en el cosmos" es el compendio de sus esfuerzos.

Rafael Carrillo.

«La serpiente emplumada»

Por David H. Lawrence

En "Women in Love" habla David H. Lawrence de "the inmemorial magnificence of mystic, palpable, real otherness", y los dómnes de la literatura oficial de Gran Bretaña se han complacido en citar esta frase como cifra de la supuesta extravagancia de su genio literario. A fe, tiene la misma un sabor extraño, que la torna casi intraducible, pero tan sólo es a "magnificencia inmemorial" de la obscuridad de las cosas, esa presencia "mística, palpable y real" de un secreto que está más allá de los límites de la conciencia humana, puede darnos la clave del suntuoso misterio de la gran novela que es "The Plumed Serpent", recién traducida al español, y aparecida en Buenos Aires.

La dolorida experiencia mejicana del escritor portentoso, vivida en plena naturaleza virgen, se tradujo en tres obras tendientes a ofrecernos del contorno la visión zahorí, que es característica señera de su ar-

te. Libro de ensayos, "Mexican Mornings" contiene estudios entrañables del país apegado esencialmente a las modalidades seculares de su pueblo, y "The Woman Who Rode Away", una novela breve, presenta el caso prodigioso de la mujer blanca —una hija de Inglaterra—, que encuentra las fuentes de la vida en los ritos aztecas que la inmolan, en los ritos que le dan la muerte. Obra de mucho más aliento, "La serpiente emplumada", dramatiza en forma narrativa el mito solar y lunar de los antiguos mejicanos a través de personajes modernos, reencarnaciones de los viejos dioses aztecas, de Quetzalcoatl, de Huitzilopochtli.

El ejemplo de una amiga suya norteamericana—Mabel Dodge—, que en Méjico se ha casado en cuartas nupcias con un indígena, inspira a Lawrence el personaje de vibración humana en torno del cual desarrollará la trama de fantasía de su novela, que alguna vez